TEXTOS LIBERTARIOS (I)

A la conquista de la libertad

Mikjail Bakunin

La anarquía

Élisée Reclus

Ekinaren Ekinaz argitaratua
43 posta kutxa - 48970 BASAURI (BIZKAIA)

2006ko ekainean argitaratua

TÍTULOS PUBLICADOS

- ★ La anarquía - Errico Malatesta
- ★ Entre campesinos - Errico Malatesta
- ★ Escritos (I) - Errico Malatesta
- ★ Escritos (II) - Errico Malatesta
- ★ Textos libertarios (II) - Gómez Casas y P. Besnard
- ★ Mujeres para la libertad
- ★ Anarquismo y organización - Rudolf Rocker
- ★ Doce pruebas de la inexistencia de Dios - S. Faure
- ★ Textos ateos - Sebastián Faure

lidad. Porque nosotr@s l@s anarquistas sabemos que esta moral de justicia perfecta, de libertad y de igualdad, es la verdad y la vivimos de todo corazón mientras que nuestr@s adversari@s dudan. No están segur@s de tener razón; en el fondo, hasta están convencid@s de que se equivocan y por adelantado nos entregan el mundo.

[1] Máha Bhárata - Epopeya hindú escrita en sánscrito. Es la mayor obra épica de la India junto con Ramaiana; está compuesta de 18 capítulos y 120.000 estrofas.

[2] Tamerlan - Fue el sucesor de Gengis Khan, fue un guerrero intrépido y cruel. Emir de Transociana entre 1370 y 1405

[3] Goethe - Escritor alemán (Frankfurtnam Main, 1749 - Weimar, 1832). Es el representante más destacado del romanticismo alemán.

[4] Parnaso - Monte griego. Antiguamente era el monte de las musas y estaba dedicado al dios Apolo.

[5] Brahman - Miembro de la casta más elevada de la sociedad hindú. En la sociedad ostentan el poder cultural y espiritual. Para ser sacerdote del hinduismo es necesidad imperiosa el pertenecer a esta casta.

[6] Juan Huss - Religioso reformista checo (Bohemia, ~1371 - Constanza, 1415). Era seguidor de las ideas de John Wycliffe [teólogo ingles (~1330 - 1384) que defendía el poder de la corona sobre el poder de Roma. Promulgaba que la iglesia debía ser pobre. El Concilio de Constanza condenaron su doctrina y a sus seguidores], escribió y predicó contra las injusticias de las jerarquías, la simonía y del anti-Papa Juan XXIII. Lo excomulgaron (1411-1412), el Concilio de Constanza (1414) lo declaró hereje y fue quemado vivo.

[7] Edipo - Hijo de Laio rey de Tebas y Jocasta según la mitología griega el Oráculo advirtió al rey Laio de que su hijo lo mataría y se casaría con su mujer. Para que esto no sucediera cuando Edipo nació su padre lo abandonó en el monte Citeron. Fue recogido por un@s pastores que lo llevaron a la corte del rey Polibo de Corinto. Cuando Edipo creció acudió donde un Oráculo a Delfos en busca de información sobre su procedencia. En Fozida se enemisto con un viajero al cual mató, este viajero era el rey Laio. Cuando regreso a Tebas contestó correctamente al enigma planteado por la Esfinge. La Esfinge enfurecida precipito su cabeza, muriendo. L@s habitantes de Tebas lo proclamaron su rey y se casó con Jocasta, realizándose así la predicción del Oráculo. Cuando Jocasta se entero de que estaba casada con su hijo se suicido. Por su parte Edipo se quemó los ojos y abandono Tebas acompañado por su hija Antigona. En este mito griego se basa la teoría psicológica del complejo de Edipo.

[8] Pandemonium - capital mitológica del infierno. Lugar ruidoso y donde rige un gran caos.

índice

A LA CONQUISTA DE LA LIBERTAD - M. BAKUNIN 5

LA ANARQUÍA - ÉLISÉE RECLUS 13

La anarquía, el ideal del anarquismo y l@s anarquistas 13

El anarquismo y el poder 15

La moral del anarquismo 15

El anarquismo está en todas partes 16

Cuanto más anarquista es una sociedad, más progresa 18

Ejemplos de anarquismo 19

El anarquismo, única solución 21

es el hombre que no sepa observarlo. Por el contrario, la que es una sociedad quimérica, imposible, es seguramente el pandemonium[8] en que vivimos. Me concederéis en justicia que yo no he abusado de la crítica, por otra parte tan fácil, respecto del mundo tal como lo han constituido el llamado principio de autoridad y la lucha feroz por la existencia.

Pero, en fin, si es verdad que, según su misma definición, una sociedad es una agrupación de individu@s que se unen y conciertan para el bienestar común, no se puede decir, sin caer en lo absurdo, que las masa caótica ambiente constituye una sociedad. Según sus abogad@s, porque toda mala causa los tiene, tendría como fin el orden perfecto para la satisfacción de los intereses de tod@s. ¿No es risible considerar que sea sociedad ordenada este mundo de la civilización europea, con su séquito continuo de dramas internos, asesinatos y suicidios, violencias y fusilamientos, catástrofes y hambres, robos, maldades y engaños de toda especie, quiebras, hundimientos y ruinas? ¿Quién de nosotr@s, al salir de aquí, no verá levantarse a su lado los espectros del vicio y del hambre? En nuestra Europa hay cinco millones de hombres que no esperan más que una señal para matar a sus semejantes, para quemar casas y cosechas, y diez millones, de reserva fuera de los cuarteles, están dispuestos para cumplir la misma obra de destrucción. Cinco millones de desgraciad@s viven, o por lo menos vegetan, en las prisiones condenad@s a penas diversas; diez millones mueren al año de anticipada muerte; de trescientos setenta millones, trescientos cincuenta, por no decir tod@s, tiemblan con inquietud justificada por el mañana. No obstante la inmensidad de las riquezas sociales, ¿quién de nosotr@s puede afirmar que un revés brusco de la suerte no le quitará su haber? Estos hechos que nadie puede contradecir y que debieran, me parece, inspirarnos a tod@s la firme resolución de cambiar este estado de cosas, preñado de revoluciones incesantes.

El anarquismo, única solución.

Tuve un día ocasión de conversar con un alto funcionario, arrastrado por la rutina de la vida en el mundo de los que dictan leyes y penas: "¿Pero defendéis vuestra sociedad?", le dije yo. "¿Cómo queréis que la defienda? -me respondió-. ¡No es defendible!". Es defendida, sin embargo; pero con argumentos que no son razones: con el vergajo, el calabozo y el cadalso.

Por otra parte, l@s que la atacan pueden hacerlo con toda la serenidad de su conciencia. Sin duda, el movimiento de transformación traerá consigo violencias y revoluciones; ¿pero acaso el mundo que nos rodea es otra cosa que violencia continua y revolución permanente? Y de las violencias de la guerra social, ¿quiénes serán l@s responsables? ¿Aquell@s que proclaman una era de justicia y de igualdad para tod@s, sin distinción de clases ni de individu@s, o l@s que quieren mantener las separaciones y por consecuencia los odios de casta, l@s que acumulan leyes represivas y no saben resolver las cuestiones sino con la infantería, la caballería y la artillería? La historia nos permite afirmar con toda certidumbre que la política de odio engendra siempre el odio, agravando fatalmente la situación general, y hasta arrastrando a una ruina definitiva. ¡Cuántas naciones perecieron así, opresoras lo mismo que oprimidas! ¿Pereceremos nosotr@s también?

Espero que no, gracias al pensamiento anarquista que se abre camino cada día más, renovando la iniciativa humana. Vosotr@s mism@s, si no sois anarquistas, ¿no estáis por lo menos, muy tocad@s de anarquismo? ¿Quién de vosotr@s, en el fondo de su conciencia, se tendrá por superior a su vecin@ y no reconocerá en él a su herman@ y su igual? La moral que tantas veces fue proclamada aquí, llegará a ser ciertamente una rea-

dos y entremezclándose a su guisa, porque las horas pasadas así parecen más dulces.

Aquí me permitiré contaros un recuerdo personal. Viajábamos en uno de esos hermosos buques modernos que cortan las olas soberbiamente con la velocidad de quince a veinte nudos por hora, trazando una línea recta de continente a continente, a pesar de vientos y mareas. El aire estaba en calma, la noche era dulce y las estrellas se iban encendiendo una tras otra en el cielo negro. Se conversaba sobre la toldilla, ¿y de qué se puede hablar sino de esa eterna cuestión social que nos arrastra, que nos ahoga como la esfinge de Edipo[7]? El reaccionari@ del grupo se veía apretado por sus interlocutores, tod@s más o menos socialistas. De repente se volvió hacia el capitán, el jefe, el amo, esperando hallar en él un defensor nato de los buenos principios: "Usted manda aquí; su poder, ¿no es sagrado? ¿Qué sería del buque si no estuviese dirigido por su constante voluntad?". "No sea usted simple -respondió el capitán- ; de ordinario yo no sirvo absolutamente para nada. El timonel mantiene el buque en su línea recta; dentro de algunos minutos otro le sustituirá, luego otros, y seguiremos regularmente sin mi intervención el camino acostumbrado. Abajo los fogoneros y maquinistas trabajan sin mi ayuda, sin mi parecer, y mejor que si yo me metiese a aconsejarles. Todos los gavieros y marineros saben también lo que han de hacer, y llegado el caso yo no tengo sino que concordar mi pequeña parte de trabajo con la de ellos, más penosa aunque menos retribuida que la mía. Sin duda, yo tengo la obligación de guiar el buque, ¿pero no ve usted que esto es una simple ficción? Aquí están los mapas que yo no he dibujado; la brújula que tampoco es invención mía; para nosotr@s han dragado el canal del puerto de donde venimos y el del puerto en donde entraremos; y este soberbio navío que lentamente se inclina sobre sus cuadernas bajo la presión de las ondas, balanceándose con majestad, impulsado poderosamente por el vapor, yo no lo he construido. ¿Qué soy yo aquí, entre l@s grandes muert@s, l@ descubridores y l@s sabi@s, nuestr@s precursores, que nos enseñaron a atravesar los mares? Soy su asociado y los marineros son mis camaradas; y ustedes también, l@s pasajer@s, porque por ustedes cabalgamos sobre las olas, y en caso de peligro contamos con ustedes para que nos ayuden fraternalmente. Nuestra obra es común, y somos solidari@s l@s un@s con l@s otr@s." tod@s callaron y yo guardé cuidadosamente en el tesoro de mi memoria las palabras de ese capitán como no hay much@s.

Así aquel buque, aquel mundo flotante en que, por otra parte, los castigos eran desconocidos, llevaba una república modelo a través del Océano, a pesar de las chinchorrerías jerárquicas. Este no es un ejemplo aislado. Tod@s vosotr@s conocéis, por lo menos de oídas, escuelas en que el profesor, a despecho de severidades reglamentarias que jamás se aplican, tiene a tod@s sus discípul@s por amig@s y afortunad@s colaboradores. Todo está previsto por la autoridad competente para matar a l@s pequeñ@s criminales, pero su buen amig@ no tiene necesidad de todo ese arsenal de medidas represivas; trata a l@s chic@s como a hombres, haciendo constantemente llamamiento a la buena voluntad, a su comprensión de las cosas, a su sentido de la justicia y tod@s corresponden con alegría. Así se encuentra constituida una minúscula sociedad anárquica, verdaderamente humana, aunque todo parece coligado en el ambiente para impedir su nacimiento: leyes, reglamentos, malos ejemplos, inmoralidad pública.

Grupos anarquistas surgen, pues, sin cesar, a pesar de los viejos prejuicios y del peso muerto de las costumbres antiguas. Nuestro mundo nuevo despunta alrededor de nosotr@s como germinaría una flor nueva bajo el detritus de las edades. No solamente no es quimérico, como se repite de continuo, sino que se muestra ya bajo mil formas; cieg@

A LA CONQUISTA DE LA LIBERTAD

Todo lo que vive tiende a realizarse en la plenitud de su ser. El hombre, ser vivo y pensante al mismo tiempo, para realizarse debe ante todo conocerse.

Las ideas y las representaciones humanas, no habiendo sido al principio nada más que los productos de los hechos reales, tanto naturales como sociales, en ese sentido de que ha sido su reflexión o repercusión en el cerebro humano y su reproducción ideal por así decirlo, y más o menos juiciosa, adquirieren más tarde, una vez que están ya bien establecidas en la conciencia colectiva de cualquier sociedad, el poder de convertirse a su vez en causas productoras de nuevos hechos, no propiamente naturales sino sociales. Acaban de modificar y transformar, muy lentamente en verdad, la existencia, los hábitos y las instituciones humanas, en una palabra, todas las relaciones de l@s hombres en la sociedad, y a través de su encarnación en las cosas más cotidianas de la vida de cada un@, pasan a ser sensibles, palpables para tod@s, incluso para l@s niñ@s. De manera que cada nueva generación se empapa de ello desde su más tierna infancia, y cuando llega a la edad viril, donde empieza propiamente el trabajo de su propio pensamiento, necesariamente acompañado de una crítica nueva, halla en sí mism@, así como en la sociedad que le rodea, todo un mundo de pensamientos o de representaciones establecidas, que le sirven de punto de partida y le dan en cierta manera la materia prima o la trama para su propio trabajo intelectual y moral.

Todas estas ideas que, al nacer, se hallan encarnadas en las cosas y en l@s hombres y que se imprimen en su propio espíritu mediante la educación y mediante la instrucción que recibe, incluso antes de que haya llegado al conocimiento de sí mism@, las encuentra de nuevo más tarde consagradas, explicadas, comentadas por las teorías que expresan la conciencia universal o el prejuicio colectivo y mediante todas las instituciones religiosas, políticas y económicas de la sociedad de la que forma parte. Y está él mism@ impregnad@ por ellas, que esté o no personalmente interesad@ en defenderlas, es involuntariamente su cómplice, por todos sus hábitos materiales, intelectuales y morales.

De lo que debe un@ extrañarse, no es, pues, de la acción todopoderosa de esas ideas, que expresan la conciencia colectiva de la sociedad, ejercen sobre la masa de l@s hombres; muy por el contrario, que se encuentre en esta masa de individuos que tienen el pensamiento, la voluntad y la valentía de combatirlas. Pues la presión de la sociedad sobre el individuo es inmensa.

Armad@ con su formidable poder de abstracción el hombre no reconoce ni reconocerá jamás límite para su curiosidad imperiosa, apasionada, ávida de saberlo y abarcarlo todo. Basta con decirle: "No irás más allá", para que, con todo el poder de esa curiosidad irritada por el obstáculo, tienda a lanzarse más allá. Bajo ese prisma, el Buen Dios de la Biblia se ha mostrado mucho más lúcido que el Sr. Augusto Comte y sus discipul@s l@s positivistas; queriendo sin duda que el hombre comiera la fruta prohibida, le prohibió comerla. Esa inmoderación, esa desobediencia, esa rebeldía del espíritu humano contra todo límite impuesto tanto si es en nombre del Buen Dios como en nombre de la ciencia, constituyen su honor, el secreto de su poder y de su libertad. Es buscando lo imposible como el hombre ha realizado siempre lo posible, y quienes se han limitado "sabiamente" a lo que les parecía lo posible jamás avanzaron un solo paso.

La voluntad, como la inteligencia, no es un destello místico, inmortal y divino, caído milagrosamente del cielo a la tierra para animar a fragmentos de carne, a cadáveres. Es el producto de la carne organizada y viva, el producto del organismo animal.

El hombre sol@ se hace realmente hombre, sol@ conquista la posibilidad de su emancipación interior, en tanto que consigue romper las cadenas de esclav@ que la naturaleza exterior hace pesar sobre tod@s l@s seres viv@s.

Por restringido que sea en comparación con el Universo, nuestro mundo es aún un mundo infinito. Bajo ese prisma, puede decirse que nuestro mundo, en el sentido más restringido de la palabra, nuestra tierra, es asimismo inaccesible, o sea, inagotable. La ciencia nunca llegará al último término ni dirá su última palabra. ¿Nos ha de desesperar ello? Por el contrario, si la tarea fuese limitada enfriaría pronto el espíritu del hombre, el cual, una vez por todas, por más que se diga y que se haga, nunca se siente tan feliz como cuando puede romper y franquear un límite.

La presión de la sociedad sobre el individuo es inmensa, y no existe en absoluto un carácter lo bastante fuerte ni una inteligencia lo bastante potente que puedan considerarse al abrigo de los embates de esa influencia tan despótica como irresistible.

Nada prueba tanto el carácter social del hombre como esa influencia. Se diría que la conciencia colectiva de cualquier sociedad, encarnada tanto en las grandes instituciones públicas como en todos los detalles de su vida privada y sirviendo de base a todas sus teorías, forma una especie de modo ambiente, una especie de atmósfera intelectual y moral; perjudicial pero absolutamente necesaria para la existencia de tod@s sus miembros. Les domina y les somete al mismo tiempo, vinculándose entre ell@s mediante relaciones acostumbradas y necesariamente determinadas por ella misma; inspirando a cada un@ la seguridad, la certeza y constituyendo para tod@s la condición suprema de la existencia del gran número, la banalidad, el tópico, la rutina.

La mayoría de l@s hombres, no solamente en las masas populares sino en las clases privilegiadas e ilustradas igualmente e incluso con más frecuencia que en las masas, sólo se sienten tranquil@s y en paz consigo mism@s cuando en sus pensamientos y en todos los actos de su vida siguen fielmente, ciegamente la tradición y la rutina.

La inmensa mayoría de l@s individuos human@s sólo quieren y piensan lo que todo a su alrededor quiere y piensa; sin duda creen querer y pensar por sí mism@s, pero sólo hacen reaparecer servilmente, rutinariamente, con modificaciones completamente imperceptibles y nulas, los pensamientos y voluntades ajenas. Esa servilidad, esa rutina, fuentes inagotables del tópico, esa ausencia de iniciativa en el pensamiento de l@s individuos son las causas principales de la lentitud desoladora del desarrollo histórico de la humanidad. Para nosotr@s, materialistas o realistas, que no creemos ni en la inmortalidad del alma ni en el libre albedrío, esa lentitud, por más que nos aflija, aparece como un hecho natural. Partiendo del estado de gorila, el hombre solo llega muy difícilmente a la conciencia de su humanidad y a la realización de su libertad. Al principio, no puede tener ni esta conciencia ni esta libertad; nace bestia, feroz y esclava, y sólo se humaniza y se emancipa progresivamente en el seno de la sociedad que es necesariamente anterior al nacimiento de su pensamiento, de su palabra y de su voluntad; sólo puede hacerlo mediante los esfuerzos colectivos de tod@s l@s miembros pasados y presentes de esta sociedad, la cual es su consecuencia la base y el punto de partida de su existencia humana. Resulta de ello que el hombre sólo realiza su libertad individual o bien su personalidad al completarse con tod@s l@s individuos que le rodean, únicamente gracias al trabajo, y al poder colectivo de la sociedad. La sociedad, lejos de disminuir y limitar, crea por el contrario la libertad de l@s individuos human@s.

La rebeldía contra esta influencia natural de la sociedad es mucho más difícil para el

todo el mundo y la proclamación de los derechos del hombre. Enumerad, si podéis, todos los progresos que se han realizado después de esta gran sacudida humana. Verdaderamente, podemos preguntarnos si el siglo XVIII no condensa más de la mitad de la historia. El número de l@s hombres se ha acrecentado en más de quinientos millones; el comercio se ha hecho diez veces mayor; la industria se ha transformado y el arte de modificar los productos naturales se ha enriquecido maravillosamente; ciencias nuevas han hecho su aparición y, según se dice, comienza un tercer período de arte; el socialismo consciente e internacional ha surgido en toda su amplitud. Por lo menos se siente un@ vivir en el siglo de los grandes problemas y de las grandes luchas. Reemplazad con el pensamiento los cien años nacidos de la filosofía del siglo décimo octavo, reemplazadlos por un período sin historia en que cuatrocientos millones de pacífic@s chin@s hubiesen vivido bajo la pacífica tutela de un "Padre el pueblo", de un tribunal de los ritos y mandarines provist@s de diploma. Lejos de vivir las emociones que nosotr@s hemos vivido, nos hubiéramos gradualmente aproximado a la inercia y a la muerte. Si Galileo encerrado en las prisiones de la Inquisición pudo murmurar sordamente: "¡Sin embargo se mueve!" nosotr@s podemos ahora, gracias a las revoluciones, gracias a las violencias del pensamiento libre, gritar en todas partes, en la plaza pública: "¡El mundo se mueve y continuará moviéndose!".

Ejemplos de anarquismo.

Aparte de este gran movimiento que transforma gradualmente la sociedad entera, en el sentido del pensamiento libre, de la moral libre, de la acción libre, es decir, de la anarquía en su esencia, se hacen también experiencias directas que se manifiestan por la fundación de colonias libertarias y comunistas, pequeñas tentativas comparables a las experiencias que hacen l@s químic@s y l@s ingenier@s en el laboratorio. Estos ensayos le municipios modelo tienen todos el defecto capital de que se hacen fuera de las condiciones ordinarias de la vida, es decir, lejos de las ciudades donde se codean l@s hombres, donde surgen las ideas y se renuevan las inteligencias. No obstante, puede citarse algunas empresas que han tenido éxito completo, entre otras aquella de la "Joven Icaria", transformación de la colonia de Cabet, fundada, bien pronto hará medio siglo, según los principios de un comunismo libertario: de emigración en emigración el grupo de comunistas ha llegado a ser puramente anarquista, y vive ahora modesta existencia en los campos de Iowa, cerca del río Desmoines.

Pero donde la práctica anarquista triunfa es en el curso ordinario de la vida, entre las gentes del pueblo, que ciertamente no podría sostener la terrible lucha por la existencia si no se ayudaran espontáneamente, desconociendo las diferencias y las rivalidades de intereses. Cuando un@ de ell@s cae enfermo, l@s otr@s pobres toman sus hij@s, se les alimenta, se comparte la escasa pitanza de la semana, se trabaja por él doblando la jornada. Entre l@s vecin@s se establece una especie de comunismo por el préstamo, el vaivén constante de provisiones y de utensilios domésticos. La miseria une a l@s desgraciad@s en una liga fraternal: junt@s tienen hambre, junt@s se sacian. La moral y la práctica anarquista son la regla hasta en las reuniones burguesas, de donde, a primera vista, nos parecería ausentes. No es posible imaginarse una jira campestre en que cualquiera, sea el anfitrión o un@ de l@s invitad@s, afecte aires de am@ y se permita mandar o hacer prevalecer indiscretamente su capricho. ¿No sería esto la muerte de toda alegría, el término de todo placer? No hay alegría sino entre iguales y libres, entre gentes que puedan divertirse como les convenga, por grupos sueltos, si esto les place, o reunidos y en-

subsidios que recibe! ¡Qué importa hasta los insultos sinceramente proferidos contra nosotr@s por l@s devot@s, "sant@s, pero simples", que llevaban leños a la hoguerra de Juan Huss[6]! El movimiento que nos arrastra no es obra de energúmen@s o de soñadores, sino de la sociedad en su conjunto. Es necesario para la marcha del pensamiento. Ha llegado a ser fatal, ineludible, como la rotación de la tierra y de los cielos.

Cuanto más anarquista es una sociedad, más progresa.

Sin embargo, una duda podría subsistir en los entendimientos, si la anarquía no hubiese sido nunca más que un ideal, un ejercicio intelectual, un elemento de dialéctica; si nunca hubiese tenido realización concreta; si nunca hubiese sido un organismo espontáneo; si nunca hubiese surgido poniendo en acción las fuerzas libres de l@s camaradas para el trabajo en común, sin am@ que les mandase. Pero esta duda puede fácilmente descartarse, porque en todo tiempo han existido organismos libertarios y otros nuevos se forman incesantemente, cada año más vigorosos, siguiendo los progresos de la iniciativa individual. Podría citar, en primer término, diversos pueblos llamados salvajes que viven en perfecta armonía social, hasta nuestros días, sin tener necesidad de jefes, de leyes, de cercas, ni de fuerza pública; pero no insisto sobre estos ejemplos, a pesar de su importancia; temería que se me objetase la poca complejidad de estas sociedades primitivas comparadas con nuestr@ mundo moderno, organismo inmenso en que se entremezclan tantos otros organismos con infinita complicación. Dejemos, pues, a esas tribus primitivas para ocuparnos tan sólo de naciones ya constituidas que poseen todo un mecanismo político-social.

Sin duda yo no podría mostraros ninguna en el curso de la historia que se haya constituido como sociedad puramente anárquica, porque todas se encontraban en su período de lucha entre los elementos diversos, aun no asociados; pero lo que sí será fácil comprobar es que cada una de estas sociedades parciales, aunque no fundidas en un conjunto armónico, fue tanto más prospera, tanto más creadora, cuanto más libre era y el valor personal del individu@ estaba mejor reconocido. Desde las edades prehistóricas en que nuestras sociedades nacieron a las artes, a las ciencias, a la industria, sin que los anales escritos hayan podido traernos de ello memoria, todos los grandes períodos de la vida de las naciones han sido aquellos en que l@s hombres, agitad@s por las revoluciones, hubieron de sufrir menos la amplia y pesada dirección de u gobierno regular. Los dos grandes períodos de la humanidad, por los numerosos descubrimientos, por la eflorescencia del pensamiento, por la belleza del arte, fueron épocas perturbadas, edades de "peligrosa libertad". El orden reinaba en el inmenso imperio de l@s medas y l@s persas, pero allí no surgió nada grande; mientras que la Grecia republicana, perturbada sin cesar, agitada por continuas sacudidas, vio nacer a l@s iniciadores de todo lo elevado y noble que nosotr@s tenemos en la civilización moderna. Nos es imposible pensar, emprender una obra cualquiera sin relacionarnos enseguida con l@s libres helen@s que fueron nuestr@s precursores y que son aún nuestr@s modelos. Dos mil años más tarde, después de tiranías, después de tiempos de sombría opresión que parecían inacabables, Italia, Flandes, Alemania, toda la Europa de las comunidades religiosas, probaron de nuevo a tomar aliento; innumerables revoluciones sacudieron el mundo. Ferrari no cuenta menos de siete mil revueltas locales tan sólo en Italia; pero también comenzó a arder el fuego del pensamiento libre y volvió a florecer la humanidad: con los Rafael, los Vinci, los Miguel Ángel, se sintió por segunda vez joven.

Después vino el gran siglo de la Enciclopedia con las revoluciones que se siguieron en

Individuo que la rebeldía contra la sociedad oficialmente organizada, contra el Estado, aunque a menudo sea tan inevitable como ésta última. La tiranía social, a menudo aplastante y funesta, no presenta ese carácter de violencia imperativa, de despotismo legalizado y formal que distingue a la autoridad del Estado. No se impone como una ley a la que tod@ individuo está forzad@ a someterse bajo pena de incurrir en una sanción jurídica. Su acción es más dulce, más insinuante, más imperceptible, pero tanto más poderosa. Para rebelarse contra esta influencia que la sociedad ejerce naturalmente sobre él, el hombre ha de rebelarse, por lo menos en parte, contra sí mism@, pues con todas sus tendencias y aspiraciones materiales, intelectuales y morales no es otra cosa que el producto de la sociedad.

Tampoco se puede preguntar, si la sociedad es un bien o un mal, como es posible preguntar si la naturaleza, el ser universal, material, real, único, supremo, absoluto, es un bien o un mal; es más que todo eso; es un inmenso hecho positivo y primitivo, anterior a toda conciencia, a toda apreciación intelectual y moral, es la base misma, es el mundo en el que fatalmente y con posterioridad se desarrolla para nosotr@s lo que llamamos el bien y el mal.

No sucede igual con el Estado; y no vacilo en decir que el Estado es el mal, pero un mal históricamente necesario, tan necesario en el pasado como lo será tarde o temprano su extinción completa, tan necesario como lo han sido la bestialidad primitiva y las divagaciones teológicas de l@s hombres. El Estado no es en modo alguno la sociedad, es sólo una forma histórica tan brutal como abstracta de la misma. Nació históricamente en todos los países del maridaje de la violencia, de la rapiña, del pillaje, en una palabra, de la guerra y de la conquista, con l@s dioses cread@s sucesivamente por la fantasía teológica de las naciones.

El Estado es una institución histórica, transitoria, una forma pasajera de la sociedad.

La rebeldía es mucho más fácil contra el Estado, puesto que en la naturaleza misma del Estado hay algo que provoca a la rebeldía. El Estado es la autoridad, es la fuerza, es la ostentación y la infatuación de la fuerza. No se insinúa, no se trata de convertir: y siempre que lo intenta, lo hace con muy mala pata; pues su naturaleza no consiste en persuadir, sino en imponerse, en forzar. Se esfuerza un poco en masacrar su naturaleza de violador legal de la voluntad de l@s hombres, de negación permanente de su libertad. Incluso cuando ordena el bien, lo perjudica y echa a perder, precisamente porque lo "ordena" y que toda orden provoca y suscita las rebeldías legítimas de la libertad; y porque el bien, desde el momento que es ordenado, desde el punto de vista de la auténtica moral, de la moral humana (no divina, por supuesto), desde el punto de vista del respeto humano y de la libertad, pasa a ser el mal. La libertad, la moralidad y la dignidad humana del hombre consiste precisamente en eso, en que hacer el bien, no porque se lo ordena sino porque lo concibe, lo quiere y lo ama.

La sociedad no se impone, formal, oficial, autoritariamente, se impone naturalmente, y es debido a ello precisamente que la acción sobre el individuo es incomparablemente más poderosa que la del Estado. Crea y forma a tod@s l@s individuos que nacen y que se desarrollan en su seno. Hace pasar en ell@s, lentamente, desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, toda su propia naturaleza material, intelectual y moral; se individualiza en cada un@ por así decirlo.

La ley de la solidaridad social es la primera ley humana; la libertad es la segunda ley. Esas dos leyes se interpenetran y, al ser inseparables, constituyen la esencia de la

humanidad. Así la libertad no es la negación de la solidaridad; por lo contrario, es su desarrollo y, por así decirlo, la humanización.

A cualquiera que pretenda que la acción natural sobre las masas es aún atentado a la libertad de las masas, una tentativa de crear un nuevo poder autoritario, responderemos que es sólo un sofista o un tont@. Tanto peor para quienes ignoran la ley natural y social de la solidaridad humana, hasta el punto de imaginarse que la independencia mutua absoluta de l@s individuos y de las masas es una cosa posible, o incluso deseable. Desearla es querer la aniquilación misma de la sociedad, pues toda la vida social no es más que esa dependencia mutua incesante de l@s individuos y de las masas. Tod@s l@s individuos, incluso l@s más inteligentes y fuertes, son a cada instante de su vida al mismo tiempo l@s productores y l@s productos de las voluntades y de la acción de las masas. La libertad misma de cada individuo es la resultante, siempre nuevamente reproducida, de esa cantidad de influencias materiales, intelectuales y morales de tod@s l@s individuos que le rodean (que la sociedad en la que nace, se desarrolla y muere) ejercen sobre él. Querer escapar a esta influencia en nombre de una libertad trascendente, divina, absolutamente egoísta y autosuficiente, es condenarse al no-ser; querer renunciar a ejercerla sobre l@s demás; querer renunciar a toda acción social, ala expresión misma de su pensamiento y de sus sentimientos; es aun desembocar en el no-ser.

En la naturaleza como en la sociedad humana, que no es aún otra cosa que esa misma naturaleza, todo lo que vive, vivé sólo con esa condición suprema de intervenir de la manera más positiva, y tan poderosamente como lo comporte su naturaleza, en la vida ajena. La abolición de esta influencia mutua sería, pues, la muerte. Y cuando reivindicamos la libertad de las masas no pretendemos en absoluto abolir ninguna de las influencias naturales de ningún individuo ni de ningún grupo de individuos que ejercen su acción sobre ellas. Lo que queremos es la abolición de las influencias artificiales, privilegiadas, legales, oficiales. Si la Iglesia y el Estado pudieran ser instituciones privadas, nosotr@s seriamos indudablemente sus adversari@s, pero no protestaríamos contra su derecho de existir. Pero protestamos contra ellos porque siendo indudablemente instituciones privadas en el sentido de que sólo existen en efecto para el interés particular de las clases privilegiadas, no por ello se sirven menos de la fuerza colectiva de las masas organizadas con objeto de imponerse autoritaria, oficial y violentamente a las masas.

Es una verdad universal que no admite ninguna excepción. El hombre sólo tiene realmente en su interior lo que manifiesta de una manera u otra en su exterior. Esos sedicentes geni@ desconocid@s; es@s espíritus van@s y enamorad@s de sí mism@s, que se lamentan eternamente de que jamás logran poner a plena luz los tesoros que dicen llevar en sí mism@s, son siempre en efecto l@s individuos más miserables con respecto a su "ser íntimo": llevan en ell@s mism@s nada en absoluto.

La única grande y todopoderosa autoridad natural y racional a la vez, la única que posemos respetar, será la del espíritu colectivo y público de una sociedad basada en la igualdad y en la solidaridad, así como en la libertad y en el respeto humano y mutuo de tod@s sus miembros. Si, he aquí una autoridad sin nada de divino, absolutamente humana, pero ante la cual nos inclinaremos con gusto, segur@s de que lejos de sojuzgarles, emancipará a l@s hombres. Será mil veces más poderosa, estad segur@s, que todas vuestras autoridades divinas, teológicas, metafísicas, políticas y jurídicas instituidas por la Iglesia y el Estado, más poderosa que vuestros criminales códigos, vuestr@s carceler@s y vuestr@s verdugos.

surgir, surge de ti mism@", dice Goethe[3]. ¿No tratan l@s artistas de representar la naturaleza tal como ell@s la ven, la sienten y la comprenden? Esto es lo usual, en verdad; es lo que se podría llamar una "anarquía aristocrática", que no reivindica la libertad sino para el pueblo escogido de las Musas, para l@s trepadores del Parnaso[4]. Cada un@ de ell@s quiere pensar libremente, buscar a gusto su ideal en el infinito; pero diciendo siempre que es preciso "una religión para el pueblo". Quieren vivir como hombres independientes, pero "la obediencia está hecha para las mujeres"; quieren crear obras originales, pero "la multitud de abajo" debe permanecer sujeta como una máquina al innoble funcionamiento de la división del trabajo. Con todo, est@s aristócratas del gusto y del pensamiento no tienen fuerza para cerrar la gran esclusa por donde de desborda la ola. Si la ciencia, la literatura y el arte han llegado a ser anarquistas; si todo progreso, toda nueva forma de la belleza se deben al florecimiento del pensamiento libre, este pensamiento trabaja también en lo profundo de la sociedad y no es ya posible contenerlo. Es muy tarde para detener el diluvio.

La disminución del respeto, ¿no es el fenómeno por excelencia de la sociedad contemporánea? Yo he visto en otro tiempo, en Inglaterra, atropellarse las multitudes por contemplar el coche vacío de un gran señor; de seguro no lo veré más. En la India l@s parias se detenían devotamente a los ciento quince pasos reglamentarios que les separaban del orgulloso brahman[5]; ahora, como en las estaciones se tiene prisa, no hay entre ell@s más separación que el tabique de la sala de espera. Los ejemplos de bajeza, de arrastramiento vil, no faltan todavía en el mundo; sin embargo, hay progreso en el sentido de la igualdad. Antes de prestar su respeto, se pregunta un@ si aquel hombre o aquella institución son verdaderamente respetables; se estudia el valor de l@s individu@s o la importancia de las obras. La fe en la grandeza ha desaparecido y allí donde la fe no existe desaparecen las instituciones a su vez. La extinción del respeto implica, naturalmente, la supresión del Estado.

La obra de crítica irrespetuosa a que está sometido el Estado se ejerce igualmente contra todas las instituciones sociales. El pueblo no cree ya, no cree en absoluto, en el origen sagrado de la propiedad privada, producida, nos decían l@s economistas, y ya nadie se atreve a repetir, por el trabajo personal de l@s propietari@s; sabe que el trabajo individual no puede crear millones y millones, y no ignora que este enriquecimiento monstruoso es siempre la consecuencia de un falso estado social, que atribuye a un@ el producto de millares de hombres; respetará siempre el pan que el trabajador ha ganado duramente, la cabaña que ha construido con sus manos, el jardín que ha plantado, pero perderá seguramente el respeto a las mil propiedades ficticias representadas por los papeles de todas clases que se guardan en los Bancos. Vendrá el día, no lo dudo, en que volverá a tomar tranquilamente posesión de todos los productos del trabajo común: minas y tierras, fábricas y palacios, caminos de hierro, navíos y sus cargamentos. Cuando la multitud, esa multitud vil por su ignorancia y por la consiguiente cobardía, haya cesado de merecer el calificativo con que se la insulta; cuando sepa con toda certidumbre que el acaparamiento de este inmenso haber está fundado únicamente sobre una ficción manuscrita, sobre la fe en papeluchos, entonces el estado social estará bien amenazado. En presencia de estas evoluciones profundas, irresistibles, que se realizan en todos los cerebros humanos, ¡qué simples, qué faltos de sentido parecerán a nuestr@s descendientes los clamores furibundos que se lanzan contra l@s innovadores! ¡Que importan las palabras groseras que desborda una Prensa obligada a pagar en buena prosa los

samente la verdad, llegar a conocer el deber personal, adquirir conciencia de sí mism@, hacer de continuo la propia educación, obrar siempre respetando el derecho y los intereses de l@s camaradas. Tan sólo entonces se alcanza la condición de ser moral, se nace al sentimiento de la responsabilidad. La moral no es orden al que hay que someterse, una vana palabra que se repite, una cosa puramente exterior al individu@; la moral constituye una parte del ser, un producto de la vida misma. Así es como comprendemos la moral nosotr@s l@s anarquistas. ¿No tenemos el derecho de comparar con satisfacción este concepto de la moral con el que nos legaron nuestr@s antepasad@s?

Quizá me daríais la razón. Sin embargo, much@s de vosotr@s pronunciaréis la palabra "quimera". Me consideraré dichoso si veis en ello por lo menos una noble "quimera"; pero yo veo más lejos y afirmo que nuestro ideal, nuestra concepción de la moral, está por completo en la lógica de la historia, traída naturalmente por la evolución humana.

El anarquismo está en todas partes.

Acosad@s en otro tiempo por el terror de lo desconocido y por el sentimiento de su impotencia en la investigación de las causas, l@s hombres crearon con la vehemencia de un deseo una o muchas divinidades protectoras que representaban a la vez su ideal informe y el punto de apoyo de todo el mundo misterioso, visible e invisible, que les rodeaba. Est@s fantasmas de la imaginación, revestid@s de la omnipotencia, llegaron a ser a los ojos de l@s hombres el principio de toda justicia y de toda autoridad; am@s del cielo, tuvieron naturalmente sus intérpretes en la tierra: mag@s, consejer@s, caudillos militares, ante l@s cuales se aprendió a prosternarse, juzgandol@s representantes de lo alto. Esto era lógico; pero el hombre vive más que sus obras, y est@s dioses que él creó no han cesado de cambiar como sombras proyectadas sobre el infinito. Visibles en un principio, animad@s de pasiones humanas, violent@s y formidables, ideas sublimes, a las que no les daba nombre siquiera, y acabaron por confundirse con las leyes naturales del mundo; volvieron a entrar en ese universo que habían tenido la obligación de hacer salir de la nada, y ahora el hombre vuelve a encontrarse sol@ sobre la tierra, por encima de la que había erigido la imagen colosal de Dios.

Toda la concepción de las cosas cambia, pues, al mismo tiempo. Si Dios se desvanece, l@s que de él obtenían sus títulos para hacerse obedecer vieron empañarse su prestado esplendor y también deben volver a entrar gradualmente en las filas, acomodándose lo mejor que puedan a la realidad de las cosas. No se encontrarían hoy un Tamerlán[2] que mandase a sus cuarenta cortesan@s tirarse de lo alto de la torre, seguro de que en un abrir y cerrar de ojos vería desde las almenas los cuarenta cadáveres sangrientos y destrozados. La libertad de pensar ha hecho a tod@s l@s hombres anarquistas sin saberlo. ¿Quién no se reserva ahora un rinconcito de cerebro para reflexionar? Ahí está, precisamente, el crimen de los crímenes, el pecado por excelencia, simbolizado por el fruto del árbol que revela a l@s hombres el conocimiento del bien y del mal. De ahí el odio a la ciencia que profesa la Iglesia. De ahí el furor de Napoleón, un Tamerlán moderno, tuvo siempre contra l@s "ideólog@s".

Pero l@s ideólog@s han llegado. Han desvanecido con un soplo las ilusiones de otros tiempos, recomenzando de nuevo todo el trabajo científico por la observación y la experiencia. Un@ de ell@s, nihilista anterior a nuestro tiempo, anarquista como poc@s, a lo menos por sus palabras, comenzó por hacer tabla rasa de todo lo que había aprendido. Casi no hay ahora ningún sabi@ ni literat@ que no se tenga por su propio maestro y modelo, pensador original de su propio pensamiento y moralista de su moral. "Si quieres

El poder del sentimiento colectivo o del espíritu público es ya muy serio hoy. L@s hombres más capaces de cometer crímenes osan raramente desafiarla, afrontarla abiertamente. Tratarán de burlada, pero se guardarán mucho de atropellarla, a menos que se sientan apoyad@s por una minoría cualquiera como mínimo. Ningún hombre, por poderos@ que se crea, tendrá nunca la fuerza de soportar el desprecio unánime de la sociedad, ningun@ sabría vivir sin sentirse sostenid@ por el asentimiento y la estima de una parte cualquiera de esa sociedad como mínimo. Es preciso que un hombre esté impulsad@ por una inmensa y muy sincera convicción, para que tenga la valentía de opinar y de caminar contra tod@s, y nunca el hombre egoísta, depravad@ y vil tendrá esa valentía.

Nada prueba mejor la solidaridad natural y falta, esta ley de sociabilidad que religa a tod@s l@s hombres, como este hecho que cada un@ de nosotr@s puede comprobar cada día, tanto sobre sí mism@ como sobre tod@s l@s hombres que conozca. Pero si este poder social existe, ¿por qué no ha bastado hasta el momento actual para moralizar, para humanizar a l@s hombres? La respuesta a esta pregunta es muy simple: porque, hasta el momento presente, no ha sido humanizad@ en absoluto; y no ha sido humanizad@ hasta ahora porque la vida social de la que es siempre la fiel expresión se basa, como es sabido, sobre el culto divino y no sobre el respeto humano; sobre la autoridad y no sobre la libertad; sobre el privilegio y no sobre la igualdad; sobre la explotación y no sobre la fraternidad entre l@s hombres; sobre la iniquidad y la mentiría y no sobre la justicia y la verdad. En consecuencia, su acción real siempre en contradicción con las teorías humanitarias que profesa, ha ejercido constantemente una influencia funesta y depravadora, no moral. No reduce los vicios y los crímenes sino que los crea. Su autoridad es en consecuencia una autoridad divina, antihumana; su influencia dañina y funesta. ¿Queréis convertirlas en beneficiosas y humanas? Haced la revolución social. Haced que todas las necesidades pasen a ser realmente solidarias, que los intereses materiales y sociales de cada cual pasen a estar de acuerdo con los deberes humanos de cada cual. Y para eso sólo hay un medio: destruid todas las instituciones de la desigualdad; fundad la igualdad económica y social de tod@s, y sobre esta base se alzará la libertad. La moralidad, la humanidad solidaria de todo el mundo.

La ley de la solidaridad social es inexorable, de manera que para moralizar a l@s individuos no es preciso tanto el ocuparse de su conciencia como de la naturaleza de su existencia social.

Es preciso moralizar ante todo a la sociedad misma.

Me importa mucho lo que son tod@s l@s demás hombres, porque por independiente que yo me imagine o que parezca por mi posición social, aunque yo fuera Papa, zar, emperador o ministr@ incluso, soy incesantemente el producto de lo que son l@s últim@s entre ell@s; si ell@s son ignorantes, miserables, esclav@s, mi existencia está determinada por su ignorancia, su miseria y su esclavitud. Yo, hombre ilustrado o inteligente, por ejemplo –si es el caso– soy estúpid@ de su estupidez; yo valiente, soy esclav@ de su esclavitud; yo ric@, tiemblo ante su miseria; yo privilegiad@, palidezco ante su justicia. Yo en fin, queriendo ser libre, no puedo serlo, porque alrededor mío tod@s l@s hombres no quieren aún ser libres, y al no quererlo pasan a ser instrumentos de opresión contra mí.

No es una imaginación, es una realidad de la que todo el mundo hace hoy la triste experiencia. ¿Por qué, después de tantos esfuerzos sobrehumanos, después de tantos sacrificios dolorosos y de tantos combates por la libertad, Europa sigue aún esclava? Por-

que en todos los países de Europa hay aún una masa móvil, por lo menos en apariencia, y que ha quedado inaccesible hasta ahora a la propaganda de las ideas de emancipación, de humanidad y de justicia, la masa de l@s campesin@s. Es ella la que constituye hoy el poder, el último apoyo y el último refugio de tod@s l@s déspotas, una auténtica cachiporra en sus manos para aplastarnos, y mientras no hayamos hecho penetrar en ella nuestras aspiraciones, nuestras pasiones, nuestras ideas, no cesaremos de ser esclav@s. Hemos de emanciparl@s para emanciparnos.

En casi todos los países las mujeres son esclavas; mientras que no sean completamente emancipadas, nuestra propia libertad será imposible.

Ningún pueblo sabría ser completa y solidariamente libre en el sentido humano de la palabra, si la humanidad entera no lo es.

Sólo soy verdaderamente libre cuando l@s seres human@s que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres, de manera que cuanto más numeros@s son l@s hombres libres que me rodean y más profunda y más amplia viene a ser mi libertad. Sólo puedo decirme auténticamente libre cuando mi libertad o, lo que significa lo mismo, mi dignidad de hombre, mi derecho humano, reflejados por la conciencia igualmente libre de tod@s, vuelven a mí confirmados por el asentimiento de tod@s. Mi libertad personal así confirmada por la libertad de tod@s se extiende hasta el infinito.

La libertad de l@s individuos no es en absoluto un hecho individual, es un hecho, un producto colectivo. Ningún hombre sabría ser libre fuera y sin el concurso de toda la sociedad humana. L@s individualistas, o l@s compañer@s de viaje que hemos combatido en todos los congresos de trabajadores, pretendían, con l@s moralistas y l@s economistas burgueses, que el hombre podía ser libre, que podía ser hombre, fuera de la sociedad, diciendo que la sociedad había sido fundada por contrato libre de hombres anteriormente libres. Esa teoría, proclamada por J. J. Rousseu, el escritor más perjudicial del pasado siglo, el sofista que ha inspirado a tod@s l@s revolucionari@s burgueses, esa teoría denota una ignorancia completa tanto de la naturaleza como de la historia.

El hombre sólo se emancipa de la presión tiránica que ejerce sobre cada cual la naturaleza exterior mediante el trabajo colectivo; pues el trabajo individual, impotente y estéril, nunca lograría vencer a la naturaleza.

Todo lo que es humano en el hombre, y más que nada la libertad, es el producto de un trabajo social, colectivo. Ser libre en el aislamiento absoluto es un absurdo inventado por los teólogos y l@s metafíosic@s.

El hombre sólo se convierte realmente en tal cuando respeta y ama a la humanidad y la libertad de tod@s, y cuando su humanidad y libertad son respetadas, amadas, suscitadas y creadas por tod@s.

El anarquismo y el poder.

L@s anarquistas tienen sobre este punto los principios más fijos; según ell@s, la conquista del poder no puede servir sino para prolongar la duración del poder mismo y la esclavitud correspondiente. No sin razón se nos designa universalmente con el nombre de "anarquistas", palabra que, después de todo, sólo tiene una significación negativa. Se nos podría llamar "libertari@s", como se califican much@s entre nosotr@s, o bien "armonistas", a causa del acuerdo libre de voluntades que, según nuestra convicción, constituirá la sociedad futura; pero estos nombres no nos diferencian bastante de l@s otr@s socialistas. Es la lucha contra todo poder oficial lo que nos distingue esencialmente. Cada individualidad es para nosotr@s el centro del universo, y cada un@ tiene los mismos derechos a su desarrollo integral, sin intervención de un poder que le dirija, le corrija y le castigue.

La moral del anarquismo.

Ya sabéis cuál es nuestro ideal. He aquí ahora la primera cuestión que se presenta: "Este ideal, ¿es verdaderamente noble y merece que por él se sacrifiquen l@s hombres y se corran los terribles riesgos que entrañan todas las revoluciones? ¿Es pura la moral anarquista y será el hombre, dentro de la sociedad libertaria, si llega a constituirse, mejor que en una sociedad basada en el miedo al poder y a las leyes?". Yo respondo con toda seguridad, y espero que bien pronto vosotr@s responderéis conmigo: "Sí, la moral anarquista es la que mejor corresponde a la concepción moderna de la justicia y de la bondad".

El fundamento de la antigua moral, ya lo sabéis, no era otro que el miedo, el "temblor", como dice la Biblia, y como os han enseñado tantos preceptos en vuestra juventud. "El temor de Dios es el principio de la sabiduría": tal fue hasta hace poco el punto de partida de toda educación; la sociedad en su conjunto se basaba sobre ese terror. L@s hombres no eran ciudadan@s, sino súbdit@s o borreg@s; las esposas eran criadas; l@s hij@s, esclav@s sobre l@s que sus padres conservaban parte del antiguo derecho de vida y muerte. Por todas partes, en todos los órdenes sociales, aparecían las relaciones de superioridad y subordinación; en fin, en nuestros días aún, el principio del Estado, y de todos los Estados particulares que lo constituyen, es la jerarquía o la arquía "santa", la autoridad "sagrada": este es el verdadero sentido de la palabra. Y esta dominación sacrosanta implica toda una sucesión de clases superpuestas, en que las más altas tienen todas el derecho de mandar y todas las inferiores el deber de obedecer. La moral oficial consiste en doblar el espinazo ante el superior y erguirse orgullosamente en presencia del subordinad@. Cada hombre debe tener dos caras como Jano, dos sonrisas: una lisonjera, solícita, hasta servil; la otra soberbia y de una noble condescendencia. El principio de autoridad (así es como se llama esta cosa) exige que el superior no parezca jamás que se haya equivocado, y que en todo cambio de palabras él diga la última. Pero sobre todo es preciso que sus órdenes sean obedecidas; así se simplifica todo: no hay necesidad de rozamientos, explicaciones, dudas, discusiones, escrúpulos. Los negocios, los asuntos marchan así, mal o bien, ellos solos. Y cuando no hay un am@ para mandar, ¿no existen fórmulas ya hechas, órdenes, decretos o leyes dictadas también por am@s absolut@s o por legisladores de diversas categorías? Estas fórmulas reemplazan las órdenes directas y se las obedece sin preocuparse en buscar si están conformes con la voz interior de la conciencia.

Entre iguales, la empresa es más difícil, pero más elevada; es preciso buscar trabajo-

destruido y en que l@s hombres podrán por fin llamarse "iguales" sin ironía.

El ideal de l@s anarquistas es, por tanto, el mismo de much@s hombres generos@s, pertenecientes a las religiones, a las sectas, a los partidos más diversos, pero l@s anarquistas se distinguen claramente por sus medios, como indica su nombre, sin dejar lugar a dudas ni al equivoco. La conquista del poder fue casi siempre la gran preocupación de l@s revolucionari@s, hasta de l@s mejor intecionad@s. La educación recibida no les permitía imaginarse una sociedad libre, funcionando sin un gobierno regular, y en cuanto habían derribado a l@s am@s odiad@s, se apresuraban a reemplazarles por otr@s am@s, destinad@s, según la fórmula consagrada, "a hacer la felicidad del pueblo". Corrientemente, no se permitía preparar ni un simple cambio de príncipe o de dinastía sin haber hecho homenaje de su obediencia a un soberan@ futur@. "El rey ha muerto. ¡Viva el rey!", gritaban l@s subdit@s, siempre fieles, hasta en su rebeldía. Durante siglos y siglos éste ha sido indefectiblemente el curso de la historia. "¿Cómo se podría vivir sin am@s?", decían l@s esclav@s, las esposas, l@s niñ@s, l@s trabajadores de las ciudades y de los campos, y deliberadamente ponían la cabeza bajo el yugo como el buey que arrastra el arado. Recordemos a l@s sublevad@s de 1830, que reclamaban "la mejor de las republicas" en la persona de un nuevo rey, y a l@s republican@s de 1848 retirándose discretamente a sus buhardillas después de haber puesto "tres meses de miseria al servicio del gobierno provisional". Al mismo tiempo estallaba una revolución en Alemania y se reunía un Parlamento popular en Francfort. "La antigua autoridad es un cadáver", decía un@ de l@s representantes. "Sí -replicó el presidente-; pero nosotr@s vamos a resucitarla. Llamaremos a hombres nuev@s que sabrán reconquistar para el poder la confianza de la nación." Hay que repetir el verso de Víctor Hugo: Un viejo instinto humano conduce a la bajeza.

Contra ese instinto la anarquía representa verdaderamente un espíritu nuevo. No se puede reprochar a l@s anarquistas que traten de desembarazarse de un gobierno para sustituirle: "Quítate tú, para ponerme yo", es una frase que les repugna, y por adelantado avergüenzan, menosprecian o compadecen al compañer@ que, picad@ de la tarántula del poder, se permite solicitar algún cargo con el pretexto de hacer, él también, "la felicidad de sus con-ciudadanas". L@s anarquistas entienden, apoyándose en la observación, que el Estado, con cuanto de él depende, no es una pura entidad o una fórmula filosófica, sino un conjunto de individu@s colocad@s en un medio especial, cuya influencia sufren. Est@s, elevad@s en dignidad, en poder, en tratamiento, por encima de sus conciudadan@s, son por estos mism@s forzad@s, por decirlo así, a creerse superiores al común de las gentes; sin embargo, las tentaciones de todas clases que les asedian les hacen caer casi fatalmente por debajo del nivel general.

Esto es lo que repetimos sin cesar a nuestr@s herman@s -a veces herman@s enemig@s– l@s socialistas de Estado: "Tened cuidado con vuestr@s jefes y mandatari@s. Seguramente están animad@s, como vosotr@s, de las más puras intenciones; desean ardientemente la supresión de la propiedad privada y del Estado tiránico; pero las relaciones, las circunstancias nuevas, les modifican poco a poco; su moral cambia con sus intereses, y, creyéndose siempre fieles a la causa de sus representad@s, llegan a serle forzosamente infieles. También ell@s, detentadores del poder, habrán de servirse de los instrumentos del poder: ejército, moralistas, magistrad@s, guardias y policías." Hace más de tres mil años el poeta indio del Mahá Bhárata[1] formuló la experiencia de los siglos: "El hombre que pasea en el carro triunfal no será nunca el amig@ del hombre que va a píe."

Mikjail Aleksandrovitx Bakunin (1814 - 1876)

Élisée Reclus (1830 - 1905)

LA ANARQUÍA

El presente trabajo es una conferencia pronunciada por Reclus ante la Logia Masónica "Amis Philanthropes" de bruselas.

La anarquía, el ideal del anarquismo y l@s anarquistas.

La anarquía no es una teoría nueva.

La palabra misma, tomada en su acepción de "ausencia de gobierno", de "sociedad sin jefes", es de origen antiguo y fue empleada mucho antes de Proudhon.

Por otra parte, ¿qué importan las palabras? Antes de l@s anarquistas existieron "ácratas", y se habían sucedido ya muchas generaciones cuando ést@s imaginaron su nombre de formación erudita. Siempre ha habido hombres libres, despreciadores de la ley, gentes que han vivido sin am@s, según el derecho primordial de su existencia y de su pensamiento. Aun en los tiempos primitivos encontramos en todas partes tribus compuestas de hombres que se rigen a su modo, sin leyes impuestas ni otra regla de conducta que "su querer y libre voluntad", según dijo Rabelais, e impulsad@s también por el deseo de fundar la "fe profunda", como los "caballeros tan bizarros" y las "damas tan graciosas" que se reunieron en la abadía de Thelème.

Pero si la anarquía es tan antigua como la humanidad, al menos l@s que lo representan aportan algo nuevo, puesto que tienen la conciencia precisa del fin que se proponen y desde un extremo al otro de la tierra están de acuerdo dentro de su ideal para rechazar toda forma de gobierno. El sueño de la libertad del mundo ha dejado de ser una pura utopía filosófica y literaria, como lo era para l@s fundadores de las ciudades del Sol o de las nuevas Jerusalem, y ha llegado a ser un fin práctico, activamente buscado por multitudes de hombres que unid@s y resuelt@s colaboran al advenimiento de una sociedad en la que no habrá am@s, ni conservadores oficiales de la moral pública, ni carceler@s, ni verdugos, ni ric@s, ni pobres, sino herman@s que tendrán tod@s su pan cotidiano, iguales en derechos, manteniéndose en paz y en cordial unión, no por obediencia a las leyes, acompañadas siempre de terribles amenazas, sino por el respeto mutuo de intereses y por la observación científica de las leyes naturales.

Sin duda este ideal parece quimérico a much@s de vosotr@s, pero estoy seguro también de que la mayor parte considera deseable y de que entrevéis a lo lejos la imagen etérea de una sociedad pacífica, en que l@s hombres, ya reconciliad@s, dejarán oxidarse las espadas, fundirán los cañones y desarmarán los barcos de guerra. Además, ¿no sois vosotr@s de l@s que desde hace miles de años, según decís, trabajáis para construir el templo de la igualdad? Vosotr@s sois maçons (albañiles) con el solo fin de maçonner (construir) un edificio de proporciones regulares, donde sólo entren l@s hombres libres, iguales y herman@s, trabajando sin cesar en su perfeccionamiento y renaciendo por la fuerza del amor a una vida nueva de justicia y de bondad. Está muy bien esto, seguramente, y no estáis sol@s. De ninguna manera pretendéis el monopolio del espíritu de progreso y renovación. No cometéis ni siquiera la injusticia de olvidar a vuestr@s especiales adversari@s, l@s que os maldicen y excomulgan, l@s catolic@s ardientes que envían al infierno a l@s enemig@s de la Santa Fe, pero que también profetizan la venida de una edad de paz definitiva. Francisco de Asís, Catalina de Siena, Teresa de Ávila y otr@s much@s fieles de una fe que no es la vuestra, amaron ciertamente a la humanidad con el amor más sincero y debemos contarl@s en el número de l@s que vivieron por un ideal de felicidad universal. Y ahora l@s miles y millones de socialistas, a cualquier escuela que pertenezcan, luchan también por un porvenir en que el poder del capital será